

UN SIMPLE DOLOR DE CABEZA (*)

Sofía Gutfraind 2ºB

Hubo un silencio extraño, hacía mucho tiempo que Javier no sentía esa paz. Todo alrededor se movía rápido, tanto que él no lograba entenderlo. Cerró fuerte los ojos y sintió ese viejo aroma. El olor de los jazmines recién cortados lo invadió por completo hasta llenarle el alma.

No comprendía mucho lo que estaba pasando, en la vereda de enfrente dos chicos corrían tras una vieja pelota de trapo. Sintió la necesidad de pararse e ir tras ella, pero el pesado cansancio no se lo permitió. Volvió a intentarlo un par de veces más sin éxito alguno. Ya rendido los miró y esbozó una sentida sonrisa. Se había olvidado lo que era reír; el tiempo y las vueltas de la vida lo pusieron en circunstancias difíciles, donde la risa no tenía cabida alguna.

Por ese instante se sintió verdaderamente feliz y extrañó sus años de niño. Le hubiera gustado dedicarle más tiempo a pensar en eso, en la simpleza de correr por una pelota o reír hasta que le faltara el aire. Pero ya no lo había hecho, los recuerdos estaban oxidados y eran una vaga idea que flotaba en su memoria.

Sintió una puntada en la nuca y atinó a moverse pensando que sería un simple dolor de cabeza. En ese instante pudo ver, a lo lejos, a su madre sosteniendo la humeante olla. Nuevamente se estremeció por un olor que lo adormeció por completo, esta vez a tomillo recién cortado. La imagen de su madre se esfumó rápidamente, más allá de cualquier intento de Javier por mantenerla. Quiso recordar cuándo la había visitado por última vez, pero no pudo. Ya ni sabía qué era de la pobre vieja, no pensaba mucho en ella y si lo hacía no se daba lugar a considerar que algo malo le podría haber pasado.

Tampoco sabía nada de su hermano menor. Le daba mucha pena imaginar que su vida había sido tan difícil como la de él. Javier sabía que su hermano estaba para más, y se lo hacía saber siempre que podía. Tenía la esperanza de que si se lo repetía lo suficiente terminaría por convencerlo. Pero muy en el fondo de su alma sospechaba que estaban destinados a lo mismo. “Árbol que nace torcido nunca endereza”, solía repetir su abuelo y esa frase resonaba en su cabeza hasta el día de hoy.

Estaba muy cansado. Tuvo una urgencia por pararse y salir corriendo pero su pesado cuerpo no le respondió. Recordó la alegría que le provocaba correr, correr hasta

no sentir las piernas, hasta perder la noción de lo que había a su alrededor y fue ahí cuando sintió un gran vacío en el alma. Pensó en los años perdidos y en todo lo que quedaba por venir. Pensó en un futuro distinto y se prometió a sí mismo que a partir de ahora todo iba a cambiar. De aquí en adelante no pasaría más de quince días sin visitar a su madre, sin volver al viejo barrio a reencontrarse con los amigos. Volvió a esbozar una sentida sonrisa, mientras contemplaba en calma la velocidad con la que todo se movía a su alrededor.

Sintió nuevamente un intenso dolor en la nuca y volvió a repetirse que era un simple dolor de cabeza. Con mucho esfuerzo logró colocar su mano sobre ella. La vista se le nubló rápidamente, y lo único que consiguió ver fue su mano bañada en sangre.

Javier Ernesto “Pata” Hernández falleció en el acto de un balazo en la nuca.

() El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de un caso policial ocurrido en Argentina, el caso Ramallo. Cada alumno debió elegir un punto de vista para la narración*